



DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

LECCION IV.

OROGRAFÍA.—HIDROGRAFÍA.

Conocidas las principales divisiones territoriales de España, fácil es señalar los accidentes físicos de su suelo; su *orografía* ó sistema de montañas, y su *hidrografía* ó caudales principales de sus aguas, corrientes ó detenidas (1).

OROGRAFÍA. El punto de partida del sistema ibérico de montañas es la gran cadena de los Pirineos, barrera natural que separa por el Norte la Península del resto de Europa.

(1) Suponemos y debemos suponerlo, que al emprender el estudio geográfico, más ó ménos extenso de un país, se tienen conocimientos previos de la Geografía en general. Por eso serémos sobrios en definiciones que corresponden á los principios generales de una ciencia.

De esta cadena se desprenden las que hácia el Oriente forman las montañas de Cataluña y hácia el Occidente las cordilleras y grupos que accidentan vigorosamente el país vascongado, el de Santander y los de Asturias y Galicia, y que reciben los nombres de Pirineos *Cántabros*, *Astures* y *Galaicos*.

La cordillera cantábrica continúa hácia el centro de la Península, formando las sierras de Búrgos y de Soria, las de Albarracin, en Aragon, y las montañas de Guadarrama y Somosierra, llamadas ántes *Montes Carpetanos*.

La antedicha sierra de Albarracin se prolonga por el Aragon, dando origen á la sierra de Cuenca, en Castilla la Nueva, y yendo á perderse

en el mar Mediterráneo, por el cabo de Oropesa, en las costas del reino de Valencia.

La prolongacion de la de Guadarrama forma las sierras de Ávila, Béjar, peñas de Francia y de Gata, penetra en Portugal y desaparece cerca de Lisboa, en el Atlántico.

De la masa central ó aragonesa se desgaja otro ramal hácia la Alcarria, que, pasando en forma de colinas por tierra de Madrid, da nacimiento á los montes de Toledo, á la sierra de Guadalupe y otras de Extremadura, hasta perderse en el mar junto á Cintra, en Portugal.

Por entre las provincias de Albacete y Ciudad-Real aparece la gran cordillera de Sierra-Morena, antiguos *Montes Marianos* ó *cordillera Mariánica*, que se prolonga hácia el Sur con los nombres de sierras de Alcaraz y de Segura, ántes *Montes Orospedeos*; hácia el Oeste con los de sierras de Córdoba, Cazalla, Constantina y Guadalcanal, inclina un gran ramal á la provincia de Huelva, donde se aleja la serranía del condado de Niebla y desaparece en las costas portuguesas del Algarbe, cerca de Faro. Hácia el Este accidenta la provincia de Murcia, donde empalma con las elevaciones de las provincias de Alicante, Valencia y Castellon de la Plana, reuniéndose con el sistema oriental ó catalan.

Finalmente, las montañas de las costas de Andalucía, conocidas con el antiguo nombre de *Cordillera Pe-*

nibética, que constituye una red de serranías en las provincias de Almería, Granada y Málaga, descollando entre todas ellas la gran Sierra-Nevada, formando las Alpujarras, sierra de Gador, serranía de Ronda, cabo de Gata, y apoyando sus estribos en las aguas del Mediterráneo.

Este gran sistema de montañas tiene eminencias muy considerables. La primera es el Pico de Mulahacen y su gemelo el Picacho de Veleta, que miden 3.250 metros sobre el nivel del mar, ó sean cerca de 13.000 piés castellanos. La segunda es el Maladetta, en los Pirineos españoles.

El estudio de la orografía española es muy interesante para la historia del país, que puede llamarse quebrado en toda su extension de Oriente á Occidente y de Norte á Sur, sin que haya más llanuras que las del centro de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, y aún éstas son más bien grandes mesas bastante elevadas sobre el mar.

Entre todas estas montañas, las hay llenas de bosques altos y bajos, y las hay peladas, segun su composicion geológica, su mayor ó menor humedad y otras causas físicas; encerrando, cual más, cual ménos, criaderos abundantes de minerales de toda especie, como en su lugar se verá.

Estas montañas determinan el curso de los rios, cuyo estudio será objeto de la leccion próxima.

M. M. CARALLERO DE RODAS.



EL GATO CON BOTAS.



Se dirigió al palacio del rey..... (pág. 244).

Un molinero murió, dejando á tres hijos que tenía por toda herencia un molino, un burro y un gato. Las particiones se hicieron bien pronto, sin que tuvieran que intervenir ni el procurador ni el abogado, los cuales se hubieran quizás comido tan pobre patrimonio en vez de repartirlo.

El mayor tomó el molino.

El segundo el asno.

Y el más jóven se quedó con el gato.

El último se puso muy triste al ver lo mísero de su herencia.

« Mis hermanos, decia, pueden ganarse la vida juntos, pero yo, en cuanto me haya comido mi gato y me haga un abrigo con su piel, no tendré más remedio que morirme de hambre. »

El gato, que oia lo que decia su amo, le dijo con reposado acento :

» No te aflijas, amo mio; mándame hacer unas botas y un saco, y ya ve-

rás cómo no has salido perdiendo en el reparto. »

Aunque su amo no le prestó primero mucha atención, le había visto hacer tantas cosas para coger ratones, poniéndose colgado por las patitas y ocultándose entre harina, que no desesperó al fin de ser socorrido por él en su miseria, y le mandó hacer lo que le había pedido.

Cuando el gato tuvo lo que quería se puso las botas, se echó el saco á la espalda, cogió los cordones con las patitas delanteras y se fué á un soto,

en donde había muchos conejos; puso algunas golosinas en el saco, y se tendió haciéndose el muerto, esperando que algún conejillo poco instruido de las cosas del mundo viniera á meterse en el saco para comerse el contenido.

Apénas se había tendido, cuando un conejo entró en el saco.

Mizifuz (que así se llamaba el gato) tiró entonces de los cordones del saco, matando sin piedad al incauto conejillo.

Orgullosa con su presa, se dirigió



Es del señor marqués de Carabas, dijeron todos (pág. 245).

al palacio del rey, y dijo que deseaba hablarle.

Le hicieron subir á la cámara de su majestad, al cual hizo una gran reverencia al mismo tiempo que le dijo:

« Señor, aquí traigo un conejo que el Sr. Marqués de Carabas (éste era el nombre con que bautizó á su amo)

me ha encargado entregar á V. M.

—Dile á tu amo, respondió el rey, que me alegro mucho de su recuerdo y que le doy mil gracias. »

Otra vez fué á ocultarse en un sembrado con su saco abierto. Al poco rato entraron en él dos perdices, tiró de los cordones y las dejó dentro.

Enseguida se las llevó al rey, como

había hecho con el conejo. El rey le recibió esta vez más contento que la primera, y mandó que le dieran una buena gratificación.

El gato continuó así durante dos ó tres meses, llevándole caza de parte de su amo. Un día que supo que el rey debía ir á pasear con su hija por la orilla del río le dijo á su amo:

« Si quieres seguir mi consejo, tu fortuna está hecha; no tienes que hacer más que bañarte en el río en el sitio que yo te diga, y lo demás corre de mi cuenta. »

El Marqués de Carabas hizo lo que su gato le aconsejaba, aunque sin comprender qué era lo que se proponía.

Mientras se estaba bañando pasó el rey por allí, y Mizifuz se puso á gritar:

« ¡ Socorro, socorro ! ¡ Que se ahoga el Marqués de Carabas ! »

Al oír estos gritos se asomó el rey á la portezuela del coche, y viendo al gato que tantas veces le había llevado caza, dió orden de que sus guardias socorrieran al Sr. Marqués de Carabas.

Mientras que sacaban al pobre marqués del río, el Mizifuz se acercó á la carroza, y dijo al rey que mientras su amo se bañaba habían venido unos ladrones y se habían llevado sus vestidos. El marrullero los había ocultado detrás de una piedra.

El rey mandó en seguida á los encargados de su guarda-ropa que trajeran uno de sus mejores trajes para el ilustre marqués.

El rey le hizo mil cumplidos, y

como el hermoso traje que le trajeron realzaba más su buena figura (pues era bastante guapo), la hija del rey le encontró muy de su agrado. El Marqués de Carabas, por su parte, le dirigió dos ó tres miradas que, aunque respetuosas, no dejaban por eso de ser un tanto tiernas, con lo cual la hermosa princesa se enamoró locamente de él.

El rey se empeñó en que subiera á la carroza y se paseara con él.

Mizifuz vió que su plan iba saliendo bien y pensó llevarlo adelante, y habiendo encontrado á unos aldeanos que trabajaban en un campo, les dijo:

« Buenas gentes, si no decis al rey que esos campos que labrais son del Marqués de Carabas, os partirán en trocitos como si fueran á hacer con vosotros albondiguillas. »

El rey cuando pasó preguntó á los labradores de quién era aquel campo.

« Es del Sr. Marqués de Carabas, dijeron todos, asustados con la amenaza del gato. »

— Tienes unas tierras muy hermosas, dijo el rey al Marqués de Carabas.

— Señor, son unas tierras que no dejan de darme abundante cosecha todos los años. »

El gato, que siempre iba delante, encontró á unos segadores y les dijo:

« Buenas gentes, si no decis que todos esos trigos son del Marqués de Carabas, podeis contaros por muertos. »

El rey, que pasó al cabo de un momento, quiso saber á quién perte-

necian todos los trigos que veia.

«Son del Marqués de Carabas, le respondieron los segadores.»

El rey le dió la enhorabuena al marqués.

El gato, que iba delante de la carroza, decia lo mismo á todos los que encontraba, y el rey estaba sorprendido de los grandes bienes del Marqués de Carabas.

Mizifuz llegó al fin á un hermoso castillo donde vivia un Ogro, el más rico que ha habido en el mundo, porque todas las tierras por donde habia pasado el rey eran suyas.

El gato tuvo cuidado de informarse de quién era el Ogro y qué era lo que sabía hacer, y dijo que deseaba hablarle, con el pretexto de que no queria dejar de saludarle pasando tan cerca de su castillo.

El Ogro le recibió con toda la amabilidad de que es capaz un ogro, y le hizo sentar.

«Me han asegurado, dijo Mizifuz, que teneis la facultad de tomar el aspecto de toda clase de animales; que podeis, por ejemplo, trasformaros en leon ó en elefante.

—Eso es verdad, respondió bruscamente el Ogro, y para que os convenzais, voy á convertirme en leon.»

El gato se asustó tanto al ver un leon delante, que se subió al tejado, no sin trabajo á causa de las botas.

Al cabo de un momento, y cuando el Ogro adquirió su primera forma, bajó y le contó el miedo que habia pasado.

«Me han asegurado tambien, dijo

el gato, aunque no sé si deba creerlo, que tambien tomais la forma de los animales más pequeños, como, por ejemplo, la de un raton; eso, francamente, me parece imposible.

—¿Imposible? dijo el Ogro, pues vais á verlo.»

Y en seguida se convirtió en un raton que se puso á correr por el suelo.

El gato cuando lo vió se arrojó sobre él y se lo comió.

En aquel mismo momento llegaba el rey al castillo, y manifestó su deseo de entrar en él.

Mizifuz, que oyó el ruido de la carroza que pasaba sobre el puente levadizo, corrió adonde estaba el rey y le dijo:

«Vuestra Majestad sea bien venido al castillo del Sr. Marqués de Carabas.

—¿Cómo, Marqués! exclamó el rey, ¿tambien es tuyo este castillo? No se puede dar cosa más hermosa.

—Veamos el interior si os parece.»

El Marqués dió la mano á la Princesa y subieron detras del rey, entrando en un gran salon en donde encontraron una mesa magníficamente puesta, pues el Ogro la habia preparado para sus amigos, los cuales al ver al rey no se habian atrevido á entrar.

El rey, encantado, lo mismo que su hija, de las buenas cualidades del Marqués de Carabas, y viendo los cuantiosos bienes que poseia, le dijo despues de haber bebido algunas copas de buen vino añejo:

«En tí consiste que seas mi yerno.»

El Marqués hizo algunas cortesías y aceptó el honor que le hacía el rey, y aquel mismo día se casó con la Princesa.

El gato se hizo un gran señor, y

no corria detras de los ratones más que por divertirse.

Este cuento demuestra que más que una rica herencia, valen la industria y el ingenio, bien empleado, se entiende.

TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL.



El pilluelo de Barcelona.

EL PERRO ALADO,

CUENTO

POR MAD. GIRARDIN.

(Conclusion.)

Enrique palideció, y su padre quedó sorprendido al ver la tristeza que se retrataba en su semblante. El pobre niño, por un movimiento de temor involuntario, y no viendo á Fénix á su lado, corrió á su habitacion, en donde encontró durmiendo á su querido perro, pero no por eso disminuyó su inquietud.

Cuando llegó la hora de comer y se sentaron á la mesa, le chocó el aire burlon de su amigo Luis. No cesaba de lanzarle epigramas que le llenaban de terror. El padre hablaba de sus viajes.

—A Enrique le gusta tambien viajar, dijo Luis con aire malicioso, pero no como á todo el mundo, no viajaria por mar, ó en diligencia, viajaria por el... y al decir esto, se detuvo y miró á Enrique.

—¿No es verdad, Enrique, que no es por la tierra por donde te gusta viajar? continuó Luis.

Enrique comprendió que su amigo estaba á punto de adivinar su secreto, si no le habia ya adivinado, y pasó la noche entre mil temores y acariciando á su querido Fénix.

Algunas veces le miraba con tristeza como á un amigo á quien se va

á abandonar, ó como á un objeto querido que nos van á arrebatár, y al cual contemplamos por última vez.

XII.

El tio de Luis hablaba ya de su próxima partida; era el 28 de Setiembre y debia volver el 1.º de Octubre.

Aunque las puertas de París hubieran estado cerradas, las calles llenas de barricadas y hubiera sabido que le recibian á tiros, no habria dejado de decir por eso: «El 1.º de Octubre estaré en París.»

Enrique conocia la exactitud del tio de su amigo, pero hubiera dado cualquier cosa porque hubiera anticipado su marcha tres dias.

—Si se hubieran ido ya, yo estaria tranquilo, Fénix se habria salvado, pero mientras Luis no vuelva al colegio no estoy contento. No es mi amigo, no me quiere, le temo, y la amistad es la confianza. ¡Qué contento estaria si se hubiera ido! ¡De seguro que no le echaré de ménos!

Al dia siguiente hizo Luis su equipaje, y Enrique le ayudaba á limpiar la escopeta, cuando vino su padre á buscarle para ir á paseo. Enrique sa-

lió del castillo con su padre. Primero pensó llevar á Fénix, pero luégo pensó que mejor estaba encerrado en su habitacion.

Cuando Enrique partió, Luis corrió á la habitacion de su amigo; la puerta estaba cerrada, pero habia una ventana abierta, tan baja, que se podia entrar por ella sin necesidad de escala.

Luis se dirigió al momento adonde estaba Fénix.

—Ven aquí, mi hermoso Pegaso; vamos á viajar nosotros; y al pronunciar estas palabras arrojó á Fénix por la ventana.

—Como tienes alas, añadió, no importa que te se rompan las patas.

Despues saltó al jardin, y agarrando al perro por las orejas, exclamó:

—¡Vamos! ¡vamos! Yo tambien quiero divertirme, ¿no harás nada por mí, hermoso perro de la Princesa?

Y se montó sobre Fénix, é imitando á Enrique, á quien habia espiado algunos dias ántes, repitió con voz sonora la palabra mágica, y el pobre Fénix, condenado á obedecer á aquella palabra, alzó enseguida el vuelo. Pero cumplia de mala gana con su deber; y ademas, Luis era mucho mayor y pesaba mucho más que Enrique.

El vuelo del perro era desigual y cansado, y bien pronto Luis perdió el equilibrio y vino al suelo.

El perro se habia elevado muy poco, y la caida no fué peligrosa. Pero desgraciadamente, Luis no sa-

bía la palabra mágica que detenía el vuelo de Fénix, y éste se elevó por el espacio.

Si Enrique hubiera llegado en aquel momento, hubiera gritado Al-daboro bastante á tiempo para que lo hubiera oido su perro, pero por desgracia no estaba allí.

El perro alado volaba sin direccion, penetrando por entre las nubes á riesgo de mojarse hasta los huesos, y dirigiéndose tan pronto á un lado como á otro, encaminándose por fin hácia París.

Enrique volvió muy alegre con su padre, sin figurarse lo que acababa de pasar, cuando encontró á Luis tendido sobre la hierba, frotándose un brazo en la actitud de una persona que se acaba de caer.

—¿Qué tienes? le preguntó Enrique. ¿Quién te ha tirado?

—Tu endiablado perro, respondió Luis de mal humor; no ha querido llevarme encima; ya me las pagará. ¡Maldito perro!

—¡Cómo! exclamó Enrique alarmado, ¿qué quieres decir? Fénix..... Yo le dejé encerrado en mi habitacion..... allí debe estar.....

—Sí, sí..... en tu habitacion..... Mira allí arriba.

Enrique, lleno de temor, alzó los ojos al cielo.

—¿Ves aquel punto negro, continuó Luis, que parece una golondrina? Pues ése es tu perro, tu maldito Fénix.

¡Tenías un perro que volaba y no decias nada á tus amigos! ¡Cuidado que eres amable como tú solo!....

¡Ay! Tengo todo el cuerpo destrozado.

El pobre Enrique estaba tan preocupado en seguir con la vista á Fénix por los aires, que no se acordó de ayudar á Luis á levantarse.

Enrique estaba abatido como ante un peligro que no se puede evitar. Mientras le vió elevarse en el aire, conservó alguna esperanza, pero cuando desapareció ante su vista inclinó la cabeza tristemente, como resignado á la fatalidad. Aquella desgracia no le causaba la desesperacion que causa una pérdida inesperada, le causaba la pena profunda y silenciosa que causa una pena esperada hace tiempo.

No reconvino á Luis por la perfidia de su conducta; le ayudó á volver al castillo, y fué á buscar un cirujano para que le curára las contusiones que se habia hecho al caer. Despues, decidido á ocultar su tristeza á su madre, se fué al castillo de su hada protectora para saber si habria algun medio de volver á recobrar á su querido perro.

—¡Ay, mi querido Enrique! No quiero prometerte nada. El perro alado no descenderá á la tierra, sino cuando rendido de fatiga, no puedan moverse sus alas. ¿Pero quién sabe en dónde irá á caer?... Quizas sea en la China, en el Perú, en Egipto, en Marruecos.... ¡Y Dios quiera que no caiga en París!

—¡En París! repitió Enrique, mejor es que caiga en París, así podria recobrarlo.

—Niño, dijo la Princesa, ¿olvidas

la leccion que te dí? Si tu pobre perro es sorprendido en París con las alas abiertas, está perdido. París es la tumba de las maravillas. Si el perro cae en París, olvida que lo has tenido, porque no lo volverás á ver más. ¡Quién sabe si á estas horas le habrán ya disecado, y se estarán ocupando en la Academia de Ciencias de las particularidades anatómicas de un animal tan curioso! ¡Ah, hijo mio, para un alma susceptible de entusiasmo vale más caer en una isla desconocida llena de salvajes, que entre los ilustrados habitantes de París!

Esto no era para tranquilizar á Enrique acerca de la suerte de su perro, volviendo, por lo tanto, á su casa lleno de la mayor tristeza.

Pasó muchas semanas abandonado al más terrible desaliento, y su madre, al verle tan triste, no comprendia que su hijo tuviera una pena tan grande por la pérdida de un perro.

Es verdad que no sabía el valor que tenía para Enrique el perro incomparable.

Luis habia vuelto á su colegio, aunque demasiado tarde para la felicidad de su amigo, y éste, que no tenía el entretenimiento de sus paseos aéreos, pasaba las noches tristemente, sentado al lado del fuego con su familia.

Los periódicos llegaban todas las noches á las nueve. El padre de Enrique miraba primero las noticias políticas, y despues entregaba los periódicos á su hijo, que leia todas las noticias científicas.

Una noche cogió un periódico, y se puso á leer como tenía por costumbre; pero de pronto se detuvo, las palabras se ahogaron en su garganta; un frio mortal recorrió todo su cuerpo, sus ojos se llenaron de lágrimas, el periódico se escapó de sus manos, y cayó desmayado.

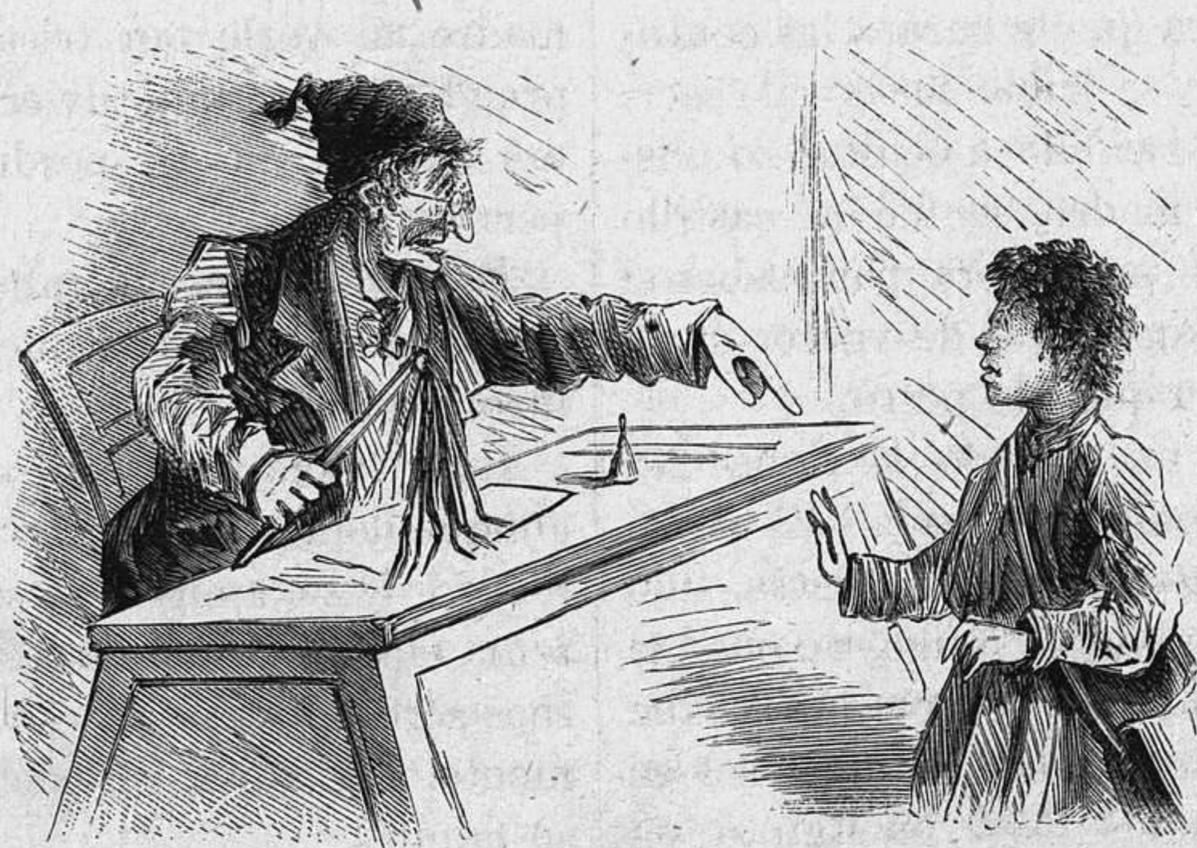
Lo que habia leído en el periódico habia sido un artículo titulado *Academia de Ciencias*, el cual hablaba de un animal formado de tal manera, que participaba del perro y del pájaro. Del perro, por las patas, la cola y las mandíbulas; del pájaro por el

cráneo, el cerebro y las alas; un animal, en fin, de una especie hasta entonces desconocida, y á la cual proponia que le dieran el nombre de *Perro alado*.

La idea no era mala, en efecto, y la Academia la habia adoptado.

Desmayarse por la muerte de un perro, es demasiado, dirán quizas algunos, pero no es así, hijos míos.

Las alas del perro alado eran para Enrique lo que las ilusiones son para los poetas y para los niños, y yo moriria si me arrebatáran mis ilusiones.



Este endiablado muchacho es la pesadilla del pobre maestro, á quien desespera con su holgazanería y su desfachatez; el escándalo de la escuela por su mala intencion y por las perradas que hace á sus condiscípulos; y es, en fin, la desesperacion de su desgraciada madre, que cada dia pierde más la esperanza de que su hijo único llegue á ser, como ella creia, el apoyo y el consuelo de su vejez. ¿No os causa repugnancia un muchacho como ese?.....



EMILIA.

I.

Sentados al amor de la lumbre, Valentin y yo hablábamos de un hombre dotado por la fortuna con los mayores beneficios, que pocos momentos ántes se nos quejaba amargamente de la vida y del Autor de la naturaleza. Un hombre que hallándose en una posición desahogada, se queja todavía de su fortuna, me causa una indignación difícil de explicar; y yo, por consecuencia, hablaba de la persona á que me refiero con una severidad casi casi excesiva. Mi amigo me lo hizo notar, y como era mucho más discreto que yo, sus observaciones lograron convencerme de que en efecto, mi indignación traspasaba los límites de lo natural.

«Lo mismo que tú, me dijo, nunca he podido oír sin indignarme que se

haga responsable á la Providencia de un daño imaginario ó pueril. Pero ¿por qué nos hemos de complacer, amigo mio, en ocuparnos de tantos y tantos vicios, baldon de la raza humana, cuando en todas partes, y entre tantas defecciones y tantas mentiras, se encuentran para nuestro consuelo las virtudes contrarias á esos vicios?— Estoy de acuerdo contigo en que el vicio más abominable es la ingratitud para con Dios; pero dejemos de pensar en eso, y busquemos un ejemplo de la virtud contraria.»

Esto será mejor que llenar nuestras almas de amargura con esos tristísimos ejemplos de repugnante egoísmo.

Oye una historia muy sencilla, pero que te interesará seguramente.

II.

No habrás olvidado la época en que nos vimos por primera vez. Fué en un pueblecito de Andalucía, el mismo que tú has abandonado hace cinco ó seis meses, cuando viniste á establecerte aquí. Yo era transeunte, si así puede decirse, en aquel pueblo, esencialmente marítimo, y no conocía allí persona humana; y como educado en el campo al lado de mi abuela, mi carácter no era el más á propósito para procurar contraer amistades. Uno de mis placeres favoritos era pasear por las cercanías del pueblo. Cervántes y Quevedo me acompañaban en mis excursiones campestres; y cuando una apacible sombra ó una roca, que dominando toda la extension del mar, me ofrecían descanso y tranquilidad, horas enteras me pasaba completamente preocupado con la lectura de mis autores favoritos.

Así vagaba por aquellos campos, sin objeto determinado, y así es como me encontré un dia en un valle, que atravesaba un riachuelo, ancho por una parte, estrecho por otra, caprichosamente irregular. Seguí paseando á la orilla del riachuelo, hasta que me hallé en una pequeña elevacion, enfrente de una especie de isla, separada del montecito por la continuacion del riachuelo. Á pesar de que nunca he sido muy aficionado á saltar, decidíme á pasar la corriente dando un salto, y á penetrar en aquella isla, que me parecia una fiel copia, en pequeño, del Paraíso. En

verdad que no sé cómo expresar la agradable impresion que sentí al tomar posesion de aquella isla que acababa de descubrir. Me tendí al pié de un magnífico nogal, y abrí otra vez mi libro. En ninguna parte me podia ser tan agradable la lectura; sin embargo, estuve más de hora y media sin fijar los ojos en el libro. El murmullo del agua, por muy ligero que sea, suspende siempre mi ánimo, y me distrae agradabilísimamente. La vaga sensacion, si así puedo decir, que me impresiona en esos momentos, es semejante á la que experimentamos cuando nos despertamos en un dia muy crudo de invierno, convenientemente abrigados en un lecho *comfortable*, como decís vosotros los cortesanos.

Distrájome, sin embargo, un leve rumor, que me hizo levantar la cabeza y dirigir mi vista á la calle de arbustos que daba entrada á la isla. Y ¿cuál fué mi sorpresa cuando vi atravesar el riachuelo á un enorme perro de Terranova, que sostenia á una niña, abrazada fuertemente al cuello del noble animal? Llegó el perro á la isla, sin cuidarse absolutamente de mí; sin embargo, cuando me levanté con objeto de aproximarme á aquella extraña pareja, el fiel conductor de la niña me miró de cierta significativa manera, que indicaba por lo ménos una desconfianza que nada tenía de censurable. Tambien me pareció que la niña no estaba grandemente satisfecha de mi presencia; subió un rosado color á sus mejillas, bajó la vista con una

candidez adorable, y procuró cubrir sus piés desnudos con su saya. Creí un instante que el miedo la impedía ponerse en pié.

—¡Vamos, Lucero! dijo la niña, señalando al perro el lado opuesto del riachuelo que acababa de atravesar.

Antes de obedecer, Lucero fijó en mí sus brillantes ojos, y vino á lamer mi mano, arrastrándose á mis piés y moviendo la cola, como si quisiera recomendarme así á la pobre niña. Yo le acaricié, regalándole un terron de azúcar, que por casualidad llevaba en el bolsillo, é inmediatamente se arrojó al agua, y volvió á aparecer ántes de un minuto, trayendo en la boca dos pequeñas muletas.

La niña era paralítica.

Nada me inspira más compasion que esas tristes enfermedades humanas en la edad que se ha convenido en llamar dichosa, y que lo es en efecto más que la adolescencia y la vejez. En la vejez nos es fácil resignarnos á no ver, á no oír, á no andar; el término de nuestra vida se acerca, y esa postracion del cuerpo puede ser hasta provechosa para nuestra alma. Pero cuando comienza la vida, y un extenso porvenir sonríe á la esperanza, ¿no es un dolor ver á uno de esos pobres seres condenados á sufrir siempre? Te confieso, amigo mio, que aquella pobre niña hizo asomar á mis ojos una lágrima. No tuve, pues, que esforzarme mucho, para hacer dulce mi voz, al dirigirme á la desgraciada paralítica.

Quise saber qué objeto traía la niña á aquel sitio, y se lo pregunté, alentado por la bondad que se retrataba en su rostro.

Supe que su abuela cogía malvas y otras plantas en la pradera, en tanto que ella cogía tambien en la isla violetas y amapolas, que vendian despues al boticario del pueblo. Esta operacion hubiera sido muy peligrosa para la paralítica, sin la vigilancia y el auxilio del perro, que gravemente sentado á la orilla del riachuelo, estaba pronto á sostener á su jéven señora, si ésta al coger una flor se veía en peligro de caer al agua. La niña me dijo que tenía nueve años cumplidos; nadie hubiera dicho que tenía más de seis ó siete; tal era la extremada pequeñez de su cuerpo. Solamente su rostro estaba lleno de vida y de expresion, aunque era por extremo pálido.

Pronto se gana la confianza de una niña; á mí no me costó gran trabajo hacerme digno de la de aquella desgraciada criatura: no tuve que hacer otra cosa que reunirle algunas violetas y acariciar á Lucero.

Ella misma me refirió la historia de su familia.

—«Mi abuela se llama Marta, me dijo, y ella y yo vivimos del producto del lino que hila y de la venta de las flores y las hierbas que cogemos aquí y allí. Cuando vivía mi madre, ella cuidaba del rebaño de blancas ovejas y gallardos carneros, miéntras mi padre, que era marinero, viajaba por la mar. Entónces casi éramos ricos, pero ahora somos muy pobres.

Apénas me acuerdo de mi padre; solamente sé que volvía muy contento de un viaje muy largo, porque mi madre le había escrito que á su vuelta le daría un hijo. Mi madre fué á la torre, para desde allí ver entrar el buque en la rada; pero encontró en la torre á una mala mujer, que le preguntó qué era lo que quería saber. — ¿Ha venido *La Virgen de la Merced*? preguntó mi madre. — ¿*La Virgen de la Merced*? repitió aquella mujer; pues qué, ¿no sabes que ha naufragado y han perecido todos los que venían en el buque? Al mismo tiempo un buque entraba en la rada; era *La Virgen de la Merced*. Mi madre volvió á casa muy malita, muy malita, diciendo que Dios la había dejado sola en el mundo, y llorando, llorando sangre, según dice mi abuela. — Mi abuela le decía que no se acobardase, que tuviera valor para dar á luz el hijo que llevaba en sus entrañas; pero mi madre no oía nada, y tenía fijos los ojos en una estampa que tengo yo de la *Virgen de la Merced*.

Mi madre estaba muy malita cuando mi padre vino á abrazarla y asegurarla que Dios no la había abandonado; pero á los tres días la pobrecita se fué al cielo, y me dejó á mí con mi abuela. Mi padre se volvió otra vez al mar; muy de tarde en tarde le he visto, cuando volvía de sus viajes, y me acuerdo que lloraba mucho, cuando mi abuela le decía que yo era raquítica. Mi abuela me decía siempre: «Reza por tu padre.» «Haz esto por tu padre.» «Sé buena

por tu padre.» Y luégo, un día me pusieron esta saya negra, y me dijeron que estábamos de luto, porque mi padre se había ido con mi madre. Yo estaba muy malita, y mi abuela decía á las vecinas que dejaran venir á sus hijas á jugar conmigo. Y venían y jugaban, saltando y corriendo; y como yo no podía saltar ni correr, me llamaban *tonta y torpe*, y me tiraban lodo á la cara, y se divertían viéndome llorar. Pero entonces ya estaba en casa Lucero, y él se quedaba conmigo, y me defendía y me daba besos.»

Tal fué poco más ó ménos la relación que me hizo la pobre niña; y en tanto que ella hablaba con esa inteligencia precoz de la mayor parte de los niños enfermos, consideraba yo el triste destino que la Providencia en sus misteriosos designios reserva á algunas criaturas. La paralítica, ayudada por mí, terminó más pronto su operación, á tiempo que apareció la abuela en la orilla opuesta del riachuelo, que su edad y sus naturales achaques no le permitían atravesar seguramente. Emilia le arrojó, cuidadosamente envueltas en un pañuelo blanco, todas las flores que había recogido; y se disponía á atravesar el río sobre el robusto lomo de Lucero; pero yo la tomé en mis brazos, y de un salto me planté en la otra orilla con mi preciosa carga, que deposité en la falda de la abuela, quien no sabía cómo expresar su gratitud.

FRONTAURA.

(*Se continuará.*)

EL NIÑO COMINERO.



Pues señor, ¡bonitas disposiciones descubre el angelito!..... En cuanto se descuidan la mamá y la criada, ya le tienen ustedes encaramado en el fogon, levantando la tapa del puchero ó de la cazuela, y alguna vez, ¡horror! le han visto sacar con los deditos alguna tajada.

¡Cominero y goloso y puerco!..... El niño no tiene desperdicio, como se dice vulgarmente.

Su cuarto de estudio es la cocina, su conversacion con la criada, que le trata con gran confianza, y, lo que no hace su madre, á veces le pega algun cachete; su amigo es el gato, que le arrima de vez en cuando un arañazo ó dos, en señal de amistad.

En resúmen, el niño, si continúa con estas aficiones, será un ignorante, insociable y ridículo. ¡Bonito porvenir!

